

Más acá de filosofía y literatura

Raúl Cadús*

Las exhortaciones como gestos verbales

Nacido en 1874, ya entrado el siglo XX y a pesar de mantenerse alejado de ámbitos académicos, Macedonio continúa manejándose en la lengua natal de las metafísicas discursivas modernas y de los discursos metafísicos de fines del siglo XIX, a los que recibe mezclados en una biblioteca típicamente argentina, una biblioteca entre aluvial y ecléctica como la que frecuenta en Villa Crespo Megafón, el personaje de Marechal, en la que el orden de los libros es otro que el de los de cualquier filósofo de Freiburg y seguramente otro que el orden de los libros del filósofo argentino profesional. Una lengua natal en la que permanece para trabajarla no tanto como lengua sino como materia bruta o como materia prima, algo que contribuye a enrarecer la escritura de Macedonio a los ojos de críticos e intelectuales a los que, por su parte, la episteme finisecular parece quedarles algo lejos, como si junto con las decantaciones disciplinares de esa lengua profusa, sumamente inestable entre ambos siglos, se produjese también la lejanía de ciertas aperturas teóricas vislumbradas que entrado el nuevo siglo prácticamente se borran.

Inseparables de la “teoría del valor” y de la “crítica del dolor”, las exhortaciones y los refranes o sentencias (que en el fondo son exhortaciones comprimidas) se encuentran desde los primeros escritos íntimamente ligadas con la fortificación personal, colocándonos ante una variante, tal vez de las más elementales de la instrumentalidad del lenguaje. Macedonio les guarda dentro del *Cuaderno para sí mismo* un capítulo aparte entre otros

* Universidad Nacional del Comahue. Área de Metafísica.

que componen este "Pequeño programa: p. 1: pronóstico de vida; 3: verdades; 61: lógica, ciencia, metafísica; 81: exhortaciones; 131: biográfico y práctico; 151: dinero, valor, aplomo, salud; sueño; sexual, mujer; 190: psicología; 200: literatura e ideas". En la primera página de este cuaderno dice del mismo:

"Está concebido con tal riqueza de verdades, notas estimulantes, indicaciones, conocimientos prácticos y de detalle, ahorros de memoria, recordaciones de conveniencias, cosas de extraordinaria utilidad como para dar a su autor o a un joven lector con fe en él infinitos recursos para llegar al éxito, al mayor bienestar posible y a ser el fuerte caballero de la don (tachado) cella, a ser el Perfecto Defensor de una perfecta don (tachado) cella. El número de verdades y exhortaciones puede llegar a ser enorme y contribuir a un verdadero baluarte de la felicidad..."¹

En cuanto a los aspectos fundamentales de las mismas, se cifran en el valor de las frases estimulantes que contribuyen a despertar del desánimo o la abulia, a recordar la necesidad (para la libertad) de elegirse a sí mismo, siempre desde la idea de que las exhortaciones se rigen por el criterio de "aprovechar toda emoción" y "crear un principio de hábito", pues son fuentes de "emoción, remoción interior (equivalentes al alcohol o cierta música) como suscitadores de energías interiores, para aumentarlas."²

La tonificación del ánimo a través de la lectura así como la literatura edificante se encuentran en una escritura no disciplinar como en su lugar natural, más próximas a la cotidianidad de un saber vulgar que sin embargo no está regido por el azar ya que expresamente busca darse sus técnicas. Cabe preguntarse por qué no tendrían acogida en los saberes ya normalizados en el siglo XX una teoría del esfuerzo o una crítica del dolor como disciplinas teórico-prácticas ¿tendrían cabida acaso en nuestros días entre los espacios de una terapéutica eudemonológica del hombre común, ya sea para sanar, para provocar placer o para la fortificación personal, ahora, en esos espacios que en nuestros tiempos van del *gym* a la formación de recursos humanos, del *body art* y ortopedias varias a una infinidad de psico-socio-fisio-logo terapias, etcétera?

¹ Macedonio Fernández. "Cuaderno para sí mismo", inédito, pp. I ss.

² *Ibidem*, p. 172.

Lo cierto es que entre las filosofías de la voluntad y la vida y un espíritu tecno-poético (si se me permite el neologismo) que se desprende del activismo circulante,³ desde los escritos de 1905 vemos cómo el trabajo sobre el lenguaje y los actos implicados va requiriendo ciertos usos y "trabajos" con la palabra escrita que poco tendrían que ver con la filosofía o la literatura, salvo algún poema igualmente exaltador del espíritu, entre épico y lírico como corresponde a la poesía mística trágica, o algún otro de sublime transposición amorosa del yo. En cuanto a las exhortaciones, éstas tienen esencialmente el valor de marcas, de indicaciones. Más que un texto comprimido que es lo que suelen ser los aforismos o las ideas brevemente consignadas, son como prospectos comprimidos que no están allí para ser interpretados porque de hecho lo han sido ya hasta la insignificancia, son frases repetitivas, breves, insistentes, que ya no podrían llamar la atención ni por mantener el suspenso de un relato ni por el planteo problemático de un enigma o un problema. Están ahí simplemente como un interruptor capaz de activar automáticamente una respuesta emocional y para contribuir a ese automatismo de defensa y trato con el mundo. Si echamos una mirada histórica, no es casual que el ámbito de figuras como la sentencia haya sido clásicamente el de la retórica, ámbito que a su vez pertenece al de la persuasión como incidencia por la palabra (y la palabra-ímagen) en el ánimo del otro. Una tarea que la sofística griega ya supo asimilar a la medicina dentro de una concepción en la que el sabio, como el médico, no produce sensaciones más verdaderas que otras al paciente, sino más útiles o placenteras cambiando un hábito nocivo por uno mejor. Pero en la escritura privada de Macedonio ya no se trata del "otro" que es objeto de la persuasión en el acto comunicativo puesto en juego en cualquiera de las formas de la oratoria, del mismo modo que tampoco el uso de la exhortación podría equipararse al uso del apóstrofe —sobre todo en la cultura medieval—, igualmente ordenado a la conmoción del *affectus* de otro, del lector en ese caso. En un cuaderno privado, las exhortaciones se ubican en cambio en el plano de las relaciones entre el autor y la escritura en el que las relaciones de incidencia no son las interpersonales sino las que se dan entre autor y texto como mediación en la que el otro es el mismo.

³ Cabe mencionar, con relación a dicho activismo, la diversidad de formas del pragmatismo que tienen lugar por entonces, de Nietzsche a Peirce, de Bergson a James, junto a las nuevas tecnologías sociales y las perspectivas de las ideas-fuerza; no menos que el paradigma de una razón práctica —de neto cuño kantiano— estableciendo una alianza de fondo entre los resultados de la filosofía, la ciencia, la tecnología y las políticas de la experiencia.

Como marcas preceptivo-prospectivas, las exhortaciones y los refranes corresponderían pues a lo que Jolles denomina “gestos verbales”,⁴ los que estarían producidos con base en determinadas disposiciones mentales surgidas del trabajo humano y que representarían “unidades de acontecimiento”, síntesis virtuales de una forma de obrar que ha sido ya interpretada preteóricamente, esto es, como decisión confirmada dentro de una apertura de mundo en el mundo de la vida. De manera tal que naciendo de la labor del propio lenguaje tendrían lugar sin la intervención de un autor y adquirirían, como signo de la praxis histórica de la que provienen (de cuya innumerable interpretación del mundo provienen), el modo imperativo de enunciación aun cuando este modo se oculte en el indicativo.

Estos gestos, fuesen sentencias o exhortaciones emocionalmente mnemotécnicas, inscriben en el *Cuaderno para sí mismo* los actos intelectuales en una peculiar economía del esfuerzo intelectual, pero también éste es incluido, a su vez, en una sentencia que resume la propia “teoría del esfuerzo” en el corazón de la praxis intelectual de Macedonio. Podría considerarse como una especie de elemento primordial en el pensamiento macedoniano esta sentencia que encontramos también en *Cuaderno para sí mismo* (1905-07): “Dios da las cargas pero también da las fuerzas”; la encontramos analizada en *Verdades pedantes frías y verdades calientes*, de 1944, en donde como tantas otras veces se muestran entramadas mística y praxis:

“Dios da las cargas pero da las fuerzas”.

Dos observaciones: *Dios* es aquí interjectivo, emocional; reemplácese por ‘No hay cargas sin fuerzas’. La segunda frase (‘da las fuerzas’) puede comprender (además de la reacción psíquica) a lo activo o voluntario mental y muscular de aprender, conocer, y de inventar o impedir o aferrar causas adversas o convenientes. Esta parte del supremo Saber está enunciada en otros dos dichos universales del hombre:

‘Dios ayuda a quien se ayuda’, o, graciosamente: ‘Dios da las ollas pero no las tapas’. En suma: Soportar (eclipsar), o conseguir o impedir con conocimiento y acción: Praxis.”⁵

⁴ V. Cesare Segre, *Principios de análisis del texto literario*, Crítica, Barcelona, 1985, p. 286.

⁵ Macedonio Fernández, *Obras Completas*. T. VIII, Corregidor, Buenos Aires, 1990, p. 378.

Sintetizado en un refrán el fondo de la economía del esfuerzo, estas unidades de acontecimiento se diferencian con claridad de las proposiciones apofánticas, bien que no es improbable considerar a los mismos conceptos usados en el juicio atributivo (de verdad o falsedad) como unidades de acontecimientos de otro orden. Pero esto último está muy lejos de Macedonio quien identifica al concepto con la vacuidad de la palabra que no es para él otra cosa que una abstracción nominal, considerando, por otra parte, que en principio el pensamiento no depende de palabras o conceptos, por lo que la mediación entre sí y sí mismo (entre un estado de sí y otro estado de sí mismo) podría producirse sin intervención de conceptos o palabras en la pura conciencia. Mediación completamente inmanente de “la atención, interesamiento, esfuerzo de evocación de la conciencia hacia la conciencia.”⁶

Tal vez haya un concepto de concepto demasiado ligero en Macedonio y, por carácter transitivo, del pensamiento filosófico en general que trabaja con conceptos; pero de todas maneras el lenguaje —que más allá de la filosofía es lo que aquí importa como medio—, no pierde demasiado con la instrumentalidad y materialidad a la que se ve reducido a los fines de “conseguir o impedir con conocimiento y acción”; al contrario, quizá gana en efectividad con esa determinación. Un lenguaje concebido como “fenómeno físico”⁷ que en su forma discursiva, dianoética, adquiere las características de ese “tejido de imágenes visuales, táctiles, etc.”⁸ que para él son los razonamientos.

La palabra escrita como órgano de suscitación

De acuerdo a sus escritos, la autocomprensión más corriente de su propia labor es la de un “trabajo de pensar escribiendo” que no invalida la voluntad de obra (y del reconocimiento como autor), pero que claramente la precede y la envuelve tanto como la guía en su construcción. Las repetidas anotaciones de observaciones y puntos de vista podría decirse que así como

⁶ *Ibíd.*, p. 371; página en la que continúa, a propósito de la discusión que viene entablando con una traducción parcial de Ser y Tiempo editada en la revista Sustancia: “...Y se da la concebibilidad de la conciencia sin cuerpo ni mundo. De manera que el problema metafísico no depende de la ocurrencia del estar-en-el-mundo”.

⁷ *Ibíd.*, p. 89.

⁸ *Ibíd.*, p. 83.

fueron los primeros también son los últimos escritos de Macedonio, estableciéndose una tensión entre autor y escritura directamente relacionada con esa economía del esfuerzo que sin embargo permanentemente parece desbordar en gratuidades del ejercicio del pensar que se repite como acto, que vuelve a pedirse cada vez dejando como marca un “Empezando de nuevo...” en la esquina superior de la hoja. Innumerables recomienzos, repeticiones con levísimas variaciones,⁹ ¿es acaso este “empezando de nuevo” una variante de la tentación del inicio (o bien una constancia de su imposibilidad) como podría serlo el aprestamiento de los 56 prólogos de *Museo de la novela de la Eterna*?¹⁰ ¿se trata como en estos del síntoma exacerbado de un conjuro de la afasia que dicen que hay en todo prólogo? ¿o bien podría acaso no tener nada que conjurar el pensar que sea como fuera que se lo piense (¿golpe de dados, voyeurismo, perversión, tarea?) lleva siempre consigo mismo la gratuidad de esa repetición?

Macedonio podría haber intentado resolver la cuestión del comienzo (que desde un punto de vista metafísico es también la cuestión de la autoría y la del haber nacido) en términos de diagnóstico médico como pretende hacerlo con el preguntarse “¿qué es el ser?”,¹¹ pregunta por excelencia de la metafísica disciplinar, pero no lo hace; en cambio, aprovecha las inevitables aporías que plantea el pensamiento del origen, del comienzo, para inventarse una literatura metafísica capaz de llevar la nada al ser (y el ente a la nada) mediante la reducción al absurdo de la posibilidad de empezar con la que elabora gran parte de su exposición de lo irrepresentable. En cada esquina de los innumerables borradores parece percutir un “empezando de nuevo” que repite una vocación como un llamamiento o una promesa, y mientras tanto, paralelamente, trama el género hiperbólico de la “autobiografía de un desconocido hasta el punto de no saberse si es él”, dentro del “cultivo de la nada insolemne” y las extraordinarias formas

⁹ Cfr. la nota de Adolfo de Obieta en el mismo tomo de las obras completas, página 199.

¹⁰ V. la tesis de Laura Pollastri según la cual “la proliferación de los prólogos rediseña la topografía de la novela creando la sospecha de la ausencia de principio y fin, con un afuera que se vuelve dentro, despliegue en el tiempo de una Banda de Moebius...”; Laura Pollastri, *Macedonio, los prólogos y el lector desconsolado*, RILL (Revista del Instituto de Investigaciones Lingüísticas y Literarias Hispanoamericanas de la Universidad Nacional del Tucumán) 13: 9-21 (1996)

¹¹ Macedonio explicaría esta pregunta –como la pregunta por la causa que originó el mundo, o si es eterno, etc.– como el resultado de una interjección emocional derivada de una pérdida de familiaridad con el ser. V. *ibidem*, p. 69.

(humorístico-lógico-literarias) de continuación de la nada,¹² permaneciendo en el ojo de tormenta de lo absurdo lógico en la humorística de Recienvenido,¹³ por ejemplo, lejos de *l'angoisse de la feuille blanche* y del “peligro” hölderliniano que están ya en el vértigo de la tormenta y no en el ojo. A diferencia de Mallarmé o Hölderlin es sin duda el humor lo que lo salva a Macedonio, y lo que lo eleva intelectualmente es el poder hacer de esa experiencia de la labilidad inestimable de la existencia una teoría y una práctica (y sobre todo un arte y unas técnicas) para no dejar de tratar con el ser, nombre del misterio de ser en donde Macedonio hace jugar la literatura que es alma y cuerpo, que más que ser *existe como* sensibilidad, pensamiento y escritura.

Ahora bien, si desde este punto de vista (desde el punto de vista del reiterado “Empezando de nuevo”) nos es dable figurarnos ese pensamiento como un *pneuma* que se contrae y dilata en la repetición del mismo acto y hasta de los mismos motivos (la afección y la imagen, la vigilia y el sueño, la intensidad y la representación, el yo, el tiempo), en la escritura se abre un gran abanico entre las elementales “Exhortaciones” de 1905 y la muy elaborada obra de arte filosófico-literaria posterior a los años veinte. Y el valor gestual, suscitativo, atribuido a las palabras, encuentra otro referente que el de la fortificación energética: el de la creencia o convicción como estado y como acceso al estado provocado por la palabra. Y otro referente teórico: la escandalosa teoría de James-Lange en la que se enfatiza la provocación de estados emotivos a través de la gesticulación.

Luego de definir la Visión como objetivo metafísico-místico, Macedonio se pregunta entre la pregunta retórica y la duda lo siguiente:

¹² V. María E. Legaz, “Macedonio Fernández: autobiografía, parodia y retratos del pensar”, en *Desde la niebla* (sobre lo autobiográfico en la literatura argentina), Alción, Córdoba, 2000, pp. 207 ss.

¹³ Cabe recordar que uno de los géneros de Belarte Concienial más logrados es el de la Humorística Conceptual o Ilógica del arte, destinado a producir la creencia (asentimiento de la sensibilidad o conciencia) en lo absurdo; para lo cual despliega, como en Papeles de Recienvenido, un meticuloso trabajo sobre las categorías lógico-ontológicas usualmente (desde Aristóteles) predicables de la ouσία o substancia, siendo el Yo la categoría-substancia la más importante de disolver para Macedonio, ya que su disolución importaría la de cualquier otra. Un excelente análisis de los mecanismos de esta Ilógica se encuentra en Barrenechea, A. “Macedonio Fernández y su humorismo de la nada”, en *Buenos Aires Literaria*, año 1, n° 9, jun/1953, pp. 25-38; incluido también en la edición crítica de Museo de la novela... de 1993.

“¿Mas cómo logra una visión pura la metafísica? ¿Provocando estados perfectos de contemplación? ¿Y cómo logra provocar ésta? Siguiendo las vías impuestas por nuestra estructura psicológica, es decir las vías del razonamiento y la argumentación, es decir la vía de las palabras, por extraño que parezca, pues la lógica no es más que el fruto y reflejo de un hecho de estructura mental, que puede conceptuarse accidental y subsidiario, es decir concebible como pudiendo variar y como pudiendo haber sido diferente y el silogismo es la expresión más elemental de nuestra conformación mental. Las palabras a su vez son las manivelas de los estados intelectuales, de las imágenes; mediante su empleo en la meditación y el razonamiento solicitamos la aparición en la conciencia de las imágenes buscadas, y en realidad un silogismo debe su eficiencia a la circunstancia de estar tejido con palabras (visuales o auditivas) más que a toda otra propiedad lógica.

Las palabras pensadas, oídas o habladas, tienen respecto a las ideas o imágenes la misma actuación que la gesticulación respecto a la emoción en la teoría James-Lange, pero con mucho mayor eficacia. Discurriendo larga y reiteradamente sobre el Tiempo se suscitan sucesivamente todos los estados mentales relativos a él y necesarios para obtener una convicción. No es éste el único camino, así como tampoco el gesto es la única vía de suscitación emocional. Por lo tanto no hay un método excluyente en Metafísica.”¹⁴

En cuanto a la suscitación de los estados mentales a través de la atención intelectual la posición ya ha sido fijada en escritos sobre el esfuerzo: “En la región de las imágenes, en el mundo intelectual, el esfuerzo no tiene otra forma que la atención”;¹⁵ y la misma se fija en la escritura a los efectos de guardar “signos de evocación”; “...diré que hablo y escribo aquí para mí (sostiene Macedonio en *No todo es vigilia...*), no porque necesite hablar, palabras para pensar, sino para estimularme y para guardar signos de evocación, para volver a pensarlo, signos que han de llevarme a imágenes —y ellos son imágenes auditivas, visuales también— sin lo cual de nada me servirían.”¹⁶

Si las exhortaciones suscitan “energías interiores para aumentarlas”, la meditación y los razonamientos son movidos por las imágenes que a su

¹⁴ Macedonio Fernández, *Obras Completas*, ed. cit., T. VIII, p. 72.

¹⁵ Macedonio Fernández, op. cit., T. III, p. 88.

¹⁶ Macedonio Fernández, op. cit., T. VIII, p. 315.

vez han sido suscitadas por las palabras (aunque no necesariamente), para generar una convicción; estableciéndose una serie dinámica que va de la palabra o el gesto a la imagen, de ahí a la meditación y de allí a la convicción, dando lugar a un proceso que atraviesa planos heterogéneos, produciendo una serie de transposiciones que desembocan en el asentimiento anímico. Macedonio reconoce ese proceso semiótico-afectivo, lo usa, y dentro de la crítico-mística (en una acción paralela a la Humorística) lo pervierte para aniquilar, como siempre, el tópico tiempo, el que se encuentra en la base misma de las aporías del comienzo y la autoría. En efecto, como podemos ver por ejemplo en “Existencias e Inexistencias”,¹⁷ con respecto al tiempo la convicción buscada por Macedonio es la de su inexistencia real (su “real” existencia sería la de ser una mera categoría lógica, no una realidad ontológica), razón por la que aquello que habrá de producir la “convicción” de inexistencia, en vez de ser una construcción explicativa deba ser otro acto intelectual como la *reductio ab absurdum*, precisamente un movimiento contrario a la explicación. Y en sentido inverso, cuando se trata de afirmar no de disolver (por ejemplo el Presente, la Eternidad, el almismo ayoico, Ella, etc.), la repetición del pensar se subsume a la “convicción”

¹⁷ “La primera categoría metafísica es la diferenciación en existencias e inexistencias, comprendiendo en la primera el “ser”, es decir, todo fenómeno o estado, y en lo segundo el Tiempo y el Espacio (...) Parecerá antojadizo el empleo de la voz “inexistencias” para designar estas creaciones de la vida mental; con ello queremos acentuar así su efectiva carencia de las propiedades del “ser”, como la fuerte ilusión de existencia que las acompaña por su difícil prescindibilidad para el pensamiento. También cabría denominar al tiempo, espacio, causalidad, necesidad, sujeto, yo, los no fenómenos, afin de que no se suponga que los erigimos en noumenos (...) Apariencia y sustancia, o, lo que es lo mismo, fenómeno y noumeno es una categoría que desterramos perentoriamente como invención falsísima (...) No nos proponemos con todo esto presentar una gran novedad, una nueva tendencia imponente: deseamos traer el espíritu del lector al sentimiento que él ya ha experimentado de la radical insustancialidad de todo lo que no es fenómeno. Expresándonos con toda llaneza decimos: tiempo, espacio, sujeto, etcétera no existen, no son nada y, en suma, son palabras: azul, amargo, frío, dolor, he aquí lo único que tiene existencia, que constituye el Ser o Realidad: además del dolor no existe un sujeto que lo experimenta, ni un lugar en que se produce, ni un instante de tiempo en que ocurre, ni una conciencia en que se hace sentir, ni una materia en que se opera o ubica”. Las negaciones recaen reiteradamente sobre el sujeto, el espacio, el tiempo y sus diversas combinaciones o repeticiones: “no son nada, no existen el movimiento, los hechos, las fuerzas, el número, las relaciones, la extensión, los juicios (...) la causalidad, la necesidad, (...) ni siquiera existe la Existencia o el Ser...”. A la vez, anuncia la metafísica como crítica en este plano lógico-lingüístico desde una señalada perspectiva nominalista: “pues todas las perplejidades metafísicas tienen, puede decirse, su única fuente precisamente en esta categoría (la de inexistencia con ilusión de existencia) engendrada por las palabras o nociones generales, abstractas, en que tanto habremos de insistir.” *Ibidem*, pp. 178 ss.

hasta el punto en que el tópicus deja precisamente de ser un eslabón comunicativo en un discurso (en el sentido de portar un mensaje) para devenir un estado mental, o bien una especie de *quantum* afectivo en el asentimiento anímico.

Escritura y transposición.

Generalmente el dogma de la Todoconocibilidad, la idea de Visión que postula Macedonio, es el tópicus más destacado entre la crítica y la mística, y de hecho sus escritos abundan en repeticiones sobre el mismo, pero también cabe destacar que frente al dogma de la Todoconocibilidad como idea mística regulativa se encuentra la Todoposibilidad, dogma especular que refleja oblicuamente la idea de lo místico proyectando otra imagen de lo mismo que se diversifica. No es la Todoposibilidad otra forma de la visión, es más, si pensamos a la Visión como una idea que apunta a la singularización extrema es todo lo contrario, ya que se trata de una especie de transmigración: no ya una singularización mística alcanzada en la repetición, sino desposesión de sí por ser en otro y la Todoposibilidad de que otro sea enteramente en mí.

Entre *No todo es vigilia la de los ojos abiertos*, texto en el que se refunden escritos de 1908 con ideas contemporáneas a su publicación (que data de 1928) y *Museo de la Novela de la Eterna*, igualmente publicado tras más de treinta años de trabajar directa e indirectamente en el mismo, se encuentra un proyecto de libro que en carta a Gómez de la Serna, fechada el 9 de septiembre de 1931, Macedonio anuncia como su “metafísica *Ella* (Teoría de la Eternidad de Figura, Sentir y Memoria)”.¹⁸ Se trata en realidad de unos pocos escritos sobre un plan de obra que Adolfo de Obieta considera “a la vez anterior, paralelo o simultáneo, y posterior”,¹⁹ aunque siempre coordinado con los libros citados, los que por su parte, además de conformar un mismo texto llegan a constituir prácticamente una misma obra filosófico-literaria, a pesar de que guardan cierta autonomía.²⁰

¹⁸ Macedonio Fernández, op. cit., T. II, p. 53.

¹⁹ Macedonio Fernández, op. cit., T. VIII, p. 218.

²⁰ *No todo es vigilia...* es presentado como “Arreglo de papeles que dejó un personaje de novela creado por el arte, Deunamor, el No Existente Caballero, el estudioso de su esperanza”; por su parte *Museo de la novela...* contiene lo principal de su teoría metafísica y podría decirse que es su ejecución más lograda.

Como pieza de escritura la principal novedad con respecto a los fragmentos y escritos de 1908 que son aquellos en donde prevalece la cuestión de la metafísica, es precisamente el hecho de haber sido concebida como obra literaria, habiendo por lo tanto fijado desde el inicio el lugar del lector inherente al texto, tratándose ahora de un tercero que ya no es ni el autor ni el joven lector interesado en aprender a vivir o en “levantar un minúsculo grado el tono del día anterior”. Se trata de un lector que ya puede considerarse “de trabajo a la vista” (trabajo de arte y trabajo de especulación metafísica) que tiene ocasión de ver el campo de maniobras de unos personajes dramático-metafísicos (Eternidad, Pasión, Pensamiento, Ella, Emoción, Sensibilidad, Autor, etc.), tal como se aprestan a encarar una serie de interacciones de las que resultaría una transposición del yo, la que se postula como “el logro máximo de la Estética: la traslación del yo”,²¹ que coincide con lo que en otra parte denomina lo ético, el altruismo: “ser otro todavía en el hacerlo todo por otro.”²²

Aunque Macedonio no se ocupa de ofrecer un *abstract* de las relaciones entre lo ético, lo estético y lo poético, es en el cruce de estos ámbitos donde tiene lugar la actividad poiética²³ implicada en la teoría de la Todoposibilidad. Se trata de una entrada o salida literaria, teórica y mística desde la que se vislumbra una técnica poiética en el límite entre la creación (creación artística ya) y el *ethos* que se transfigura entrando en juego con una alteridad amorosa virtual. Los conceptos e ideas que entran en escena (Eternidad, Pasión, Pensamiento, Imposibilidad, Todo-amor, Ella...) pasan a ser los actores dramáticos; la situación inicial la indigencia de no sentir el “estado psíquico de otro”,²⁴ mientras que el meollo del drama es prácticamente nulo desde el punto de vista de la acción dramática, a lo sumo están las cualificaciones y modificaciones que se producen entre los “actores” (personajes-ideas) en la medida en que se recobran motivos teóricos de dichas cualificaciones (por ejemplo las relaciones imagen-afección, dolor-placer), pero en verdad en el lugar del meollo de la trama está el trabajo y la experiencia de autor y lector, permaneciendo abierta la

²¹ V. Macedonio Fernández, op. cit., T. VIII, p. 223.

²² Macedonio Fernández, op. cit., T. V, p. 9.

²³ El uso de la *e*, en cursiva, tiende a señalar precisamente el enlace entre poiesis y ethos, un punto en que lo poiético y lo ético resultan inescindibles aunque diferenciables teóricamente.

²⁴ Macedonio Fernández, op. cit., T. VIII, p. 220.

situación de desenlace, ya sea por un desvío, por la minimización del asunto que exige su teoría del Belarte o simplemente en virtud de la Todoposibilidad:

“Ella

(Su eternidad)

Como otros sin Muerte su persona de espíritu
Como sólo ella sin Ocultación su materia figurada
Su Sentir y su Línea imborrables e inseparables
Por un todo-amor, todo creer, operantes,
Porque Amor deseó, creyó y pudo
De Imposible eximir su ser,
Por naturaleza sin imposibles del Ensueño Creído”

Como personaje de este drama sin final, o de final esperado en la vida, en la existencia, no en el arte, no importa demasiado saber quién es ella, podría ser cualquiera o nadie, y hasta es presumible que fueran varias imágenes las que puedan caber en esa persona o esa representación en diferentes momentos y, por qué no, hasta en un mismo momento. Por lo pronto es la abstracción de una alteridad mnemónica que nos remite al pasado como al futuro indistintamente, dentro de una concepción del Ser=Memoria=Presente más afín a la idea bergsoniana del Tiempo que a la de Heidegger o Nietzsche, las tres grandes superaciones de la metafísica moderna en lo que respecta al tópico tiempo: “Que tengamos Expectación, Espera, es cierto, pero por qué decir que es espera de hecho futuro.”²⁵

En torno a la “metafísica del amator” hay fragmentos entre fragmentos heterogéneos hasta la total desconexión –como en el borrador de proyecto que es *Ella*- encima reacomodados para su edición por los editores; sin embargo los guía en su totalidad la expectación no de un hecho futuro sino de una actualización, esto es, de un acto de presencia, en el sentido en que lo virtual *era ya* presente y no según el modo de la potencia con respecto al acto. Surcado de puntos suspensivos, el “plan” de “metafísica del amator” reúne otra vez un proyecto de libro y un acontecimiento experiencial, dejando jugar esa fricción en la que se encuentran inmersas las diferenciaciones entre filosofía y literatura. Fricción de discursos,

²⁵ *Ibidem*.

tentativas y géneros posibles que tornan tantas veces imposible la prosa de Macedonio a la vez que se agregan otras fricciones, por ejemplo entre saber y poder, hasta resultar indiscernibles, e igualmente pasa con el ser y el poseer: “Eterna: exento de infatuación y habiendo llegado a hacer único en mí el deseo de saber poder como instrumento del único Deseo que tengo y soy, tú, he consultado todos los ardorosos, y más gloriosos, sentidos del misterio...”²⁶

Se trata de un plan literalmente intersticial entre el drama (de *drao*: (yo) obro) como sucesión de acciones con unidad de sentido, y la desterritorialización del drama en el acontecimiento virtual de la traslación del yo provocada en el terreno del arte y la mística. Plan de un acto de presentación, de una parusía en el ser, sensibilidad o conciencia; pues “el único trabajo de misterio lo es: el de los pasos que damos para llegar de imagen a percepción o sea de imágenes (recordadas) a realidad o percepción presente; los pasos de la procura de realidad.”²⁷ Ésta se produce en la Pasión, siendo la Pasión la única Certeza del Misterio: “La certeza es esencial al estado místico, pero el único estado místico no es la religiosidad, es la Pasión. No son las religiones todas enfermas de negación de nuestro ser, de subordinación que nos torna aparienciales sin realidad, sino la Pasión, conciencia de plenitud y eternidad a nada supeditada.”²⁸

Mística es realización y/o desrealización. En cuanto a los escritos, el pensamiento y la escritura van formando parte de un mismo proyecto de “novela metafísica” que va diferenciándose simultánea e internamente de una “metafísica fantaseada”, y que sea como fuera aspiran a la “metafísica no discursiva”. En ésta, frente a la voluntad de dominio de los discursos metafísicos y de las metafísicas discursivas (un dominio de la objetividad de lo existente), la voluntad de poder se aleja tanto más de la idea de un “ser propietario de” cuanto más se acerca a un sentido ¿religioso, patológico, psicológico? de la posesión: la reversibilidad de la posesión que hace juego entre el poseer y el ser poseído por, eventualmente por amor: “No creo que la Metafísica sea el placer directo de una explicación: es un trabajo que tiene el placer reflejo de una perspectiva de poder; es un poder que se busca; un poder directo de amor.”²⁹

²⁶ *Ibidem*, p. 224.

²⁷ *Ibidem*.

²⁸ Macedonio Fernández, op. cit., T. VI, p. 213.

²⁹ *Ibidem*, p. 36.

Para el autor los medios intelectuales y literarios confluyen en un "fantasismo" capaz de construirse "fascinaciones de pensamiento", en tanto que la espera y la busca confunden sus formas tornándose a veces activa la espera, y la busca a veces una disposición. "Ediciones pro-fantasía y expectación" se subtitula *No todo es vigilia...*, recobrando el sentido médico de una medicina expectante que no interviene en la salud sino mediante la disposición anímica y la espera. Y es dentro de este texto donde retorna el joven lector a quien le dice: "No es sin esperanza que escribo porque alguna vez intente lo festivo y el descreimiento en obra de doctrina. No tengo ninguna duda de la conocibilidad perfecta del Ser ni de la eternidad de existencia y auto-reconocimiento de cada uno de nosotros. Yo sigo a la Pasión, que obtiene toda certeza y cuyo dogma es: 'Nada me aminore; sólo yo soy preciosa en el Ser, sólo en mí hay un Yo; no el mío sino el de Ella, dice el Amante; no el mío sino el de El, dice la Amada'."³⁰

Juego de seducción, reversibilidad y trocación del yo para los que toda entificación del ser es vía muerta. Se trata de un *enthousiasmos* en el que la divinidad ("es decir mística") habita el yo poniéndolo fuera de sí, en el "estado de pasión (sólo es pasión la altruística) que es de certeza"³¹, dice Macedonio. Por eso pone a los personajes de la novela a realizar maniobras de prueba de los caracteres de sus personajes ("ensayo general de la psicología de los personajes, no de la trama") que considera un "ejercicio de la consistencia altruística"³², de la camaradería entre ellos. En *No todo es vigilia...*, en un lugar en el que no por casualidad recupera la figura de Carlos Baires, "argentino, amigo de Fouillée, el primer sicólogo de ideas propias en América Latina", Macedonio reflexiona en torno a la amistad, el sexo y el amor de pareja como posibles formas de la Altruística, esto es como logro de la traslación del yo.³³ Pero aun siendo preponderante la relación de parejas en la temática, en el trabajo de la misma con sus principales personajes (Deunamor, Eterna, Ella, Dulce Persona...), la idea de una transmigración estética adquiere modulaciones de otra índole. En "Compensación", final sublime de *No todo es vigilia...* en el que se marcha el texto y el autor se despiden en fraternal diálogo con el lector a quien se dirige, leemos: "...ayer, oyendo un canto de la señora de la casa, que duró

³⁰ Macedonio Fernández, op. cit., T. VIII, p. 232.

³¹ Macedonio Fernández, op. cit., T. VI, p. 64.

³² *Ibidem*, p. 113.

³³ Macedonio Fernández, op. cit., T. VIII, p. 335.

mucho en repeticiones (recordándome despiadadamente a mi presente manuscrito) alcé del aire que sonaba y del Tiempo que fluyó hablado por ese largo cantar, un obsequio de aire y Tiempo para ti, y te lo guardé (...) Yo he quedado prendado de la manantialidad de Fantasía (de fantasía almista) (...) que aportaba la situación de ayer, que te explicaré para remozar en ti los posibles del alma.

Esa madre de divino (divino sólo hay: la traslación del yo) sacrificio por sus hijos y que al presente vive muy sufriente, cantó largamente un tema popular de dolor de madre, y en ningún momento recapacitó que ella era la madre dolorosa a quien el pueblo versificador había dado palabras acompasadas y rimadas en esé verso o canto para mecer (...) Ella necesitaba palabras, compás, sonido, para su situación, pero el verso que dio en cantar no fue elegido por ella: lo tomó porque alguien lo tarareaba por ahí (...) Sólo ella dijo lo que debía decir, y sólo ella no pensó que el verso le estaba hablando. Ella no lo oyó; aún más, creo que mientras lo cantaba pensó en su madre y pensó en sí misma como hija; se sintió niña que mortifica a su madre; y era una madre mártir."³⁴

Final sublime –más propicio para el recogimiento que para continuar nuestro estudio- en el que resuenan aires de la voz del ser en su relación mística con lo humano tal como se manifiesta en algunos pensadores poetas, más cerca del umbral de dolor en el que Trakl (o Heidegger) hacen experiencia de un pensar poetizante, entre lo sublime del misterio de un habla que atraviesa la sacralidad de las cosas cotidianas y deja decirse lo divino, y la simple traslación del yo que alienta Macedonio. No es un paquete de sentido ante los ojos lo que transporta la palabra para depositarlo en la mano de un destinatario cualquiera, sino el decirse en el desgarrar de las identidades, comunicación sacrificial que se deja proponer en fragmentos de esforzada teoría mientras produce en el autor quién sabe qué estados. Esteticista de buen humor en el filo del ser, de la existencia, estos juegos con la existencia se ven favorecidos en mucho con su introducción en la literatura, dentro de un espacio escritural definitivamente inmune a las negaciones lógicas y ontológicas. Espacio a la vez propicio para el tipo de la negación estética que magistralmente practica Macedonio.³⁵

³⁴ *Ibidem*, p. 343.

³⁵ "La fuerza de la negación no es lógica (verdad-falsedad) ni ontológica (ser-no ser). Es estética (figuración-no figuración), y no entraña exclusión ni aniquilamiento. No figuración es, entre otras cosas, desfiguración, transfiguración, configuración, neofiguración... Cuando una forma se deshace no queda el vacío, queda otra forma." (Daniel Vera, *Investigaciones estéticas*, Alción editora, Córdoba, 1991, p. 65)

La pluralidad de alternativas aptas para los vistesos y para los efectos metafísico-estéticos se articulan cada vez mejor en la teoría del arte; y en la construcción de las obras (*Museo de la novela...* y *No todo es vigilia...*) entre las que *Ella* queda abandonada como libro, van decantando como en islotes los parámetros teórico-técnicos para producir los artefactos del Belarte. En *Ella* se extravía definitivamente el autor real (el autor empírico como le dicen) porque se enmascara, ahora lícitamente, en la literatura, en el juego abierto entre personajes y actantes, personajes que sobre todo representan instancias lógicas y afectivas y que quedan por ello inmunizados de la sucesión temporal narrativa que debiera llamarlos desde el género de la novela o el relato tradicional. Trasvestido entre los personajes, las viejas dualidades imagen/afección, pasión/contemplación, el par evocación/atención, mística/práctica, retornan de nuevo entre las figuras del “todo-amante”, personaje de esa “Metafísica del amador”, y el “todo-pensador” o “todo-conocedor”, con quien el autor suele identificarse en cuanto individuo y en cuanto varón, esto es, naturalmente volcado al longevismo. Diferenciación que lo conducirá al fin a la ironía extrema (ironía del destino para un ilustre destino de ironista) de postular, como personaje, la eternidad de quien (la Eterna) no se interesa en ella, y de hacer él “el ridículo de una vida entregada durante treinta años a estudiar Biología (es decir cómo no morir) y metafísica, es decir cómo nadie muere”.³⁶

³⁶ Macedonio Fernández, op. cit., T. VI, p. 227.